

Ficha de política

**El Futuro en perspectiva
estratégica:**

**Recuperando la mirada larga para el desarrollo
en Uruguay a cuatro años de la presentación de
la Estrategia de Desarrollo 2050**

FICHA DE POLÍTICA

Fernando Isabella, Santiago Soto

OCTUBRE 2023



etcetera.uy

Esta ficha de política fue elaborada por el economista Fernando Isabella, con la colaboración de Santiago Soto. Los contenidos utilizan como insumo la Estrategia de Desarrollo 2050 y buscan aportar al debate en Uruguay sobre políticas de desarrollo enmarcadas en una visión de largo plazo.

Fernando Isabella es docente investigador en economía y fue director de planificación de la Oficina de Planeamiento y Presupuesto durante la última administración del Dr. Tabaré Vázquez. Santiago Soto es economista y político especializado en políticas públicas orientadas al desarrollo.

Las opiniones de los documentos de trabajo de Etcétera no comprometen necesariamente la opinión de todos sus socios y/o colaboradores.

El Futuro en perspectiva estratégica

Recuperando la mirada larga para el desarrollo en Uruguay a cuatro años de la presentación de la Estrategia de Desarrollo 2050

Fernando Isabella, Santiago Soto

Resumen ejecutivo

Este documento enmarca la discusión sobre los desafíos estratégicos que enfrentan las políticas públicas en Uruguay y define las principales orientaciones de planificación de largo plazo. Consiste en el resumen, complemento y actualización de la Estrategia de Desarrollo 2050, elaborada desde OPP y presentada públicamente en 2019. El horizonte del desarrollo sostenible aborda la complejidad y evolución del concepto de desarrollo, destacando su multidimensionalidad y su enfoque en el bienestar de las generaciones presentes y futuras. Se subraya la importancia de reconocer el derecho de las personas a vivir vidas significativas, promoviendo la acción colectiva para construir proyectos comunes y capacidades individuales. Se enmarca en el paradigma del Desarrollo Sostenible, incorporando una dimensión cultural esencial. Se abordan megatendencias globales que están transformando el mundo, como la revolución tecnológica, el cambio demográfico, la crisis ambiental, la concentración de ingresos y el cambio cultural. Estos cambios impulsan tres ejes estratégicos para el desarrollo sostenible de Uruguay: la transformación productiva sostenible, la transformación social con énfasis en protección y redistribución, y la transformación de las relaciones de género para lograr la igualdad. En conjunto, estos elementos configuran un enfoque holístico hacia un desarrollo sostenible e inclusivo.

El horizonte del desarrollo sostenible

El concepto de desarrollo es complejo, multidimensional y cambiante con el tiempo. Puede decirse que una sociedad desarrollada es aquella que es capaz de aplicar y reproducir las mejores prácticas de un tiempo histórico, en el plano científico y tecnológico, de la economía, de la organización social, de la gestión, de la política y la democracia, de las instituciones y de la cultura. Este conjunto de aspectos no puede tener otro fin, al valorarlos, que el de lograr mayores niveles de bienestar de la población. Pero, además, para que el desarrollo sea sostenible, debe considerar no solo el bienestar de las generaciones actuales sino también el de las futuras.

No hay desarrollo sin el reconocimiento del derecho de las personas a vivir las vidas que consideren valioso vivir. Esto es condición necesaria para la vigencia de todos los derechos y libertades. Pero es una construcción social, con todos los problemas y potencialidades que tiene la acción colectiva. Se trata pues de recuperar la acción colectiva para construir proyectos comunes, para generar capacidades sociales, para ampliar las capacidades individuales y por tanto ofrecer la posibilidad real a las personas de ejercer sus derechos.

Este trabajo se enmarca en el paradigma del Desarrollo Sostenible, agregándole, a las tres dimensiones básicas de éste (lo económico, lo social y lo ambiental), una

dimensión cultural, que se entiende fundamental.

Entendida la economía como la manera en que una sociedad organiza las actividades tendientes a producir y distribuir bienes y servicios que satisfacen necesidades humanas, se trata de concebirla como el sistema social capaz de generar las condiciones materiales para el desarrollo humano sostenible.

En lo social puede identificarse como el principal reto del desarrollo la superación de las desigualdades en sus múltiples formas, incluyendo las originadas en características de los individuos o grupos sociales, más allá de sus ingresos (etnia, género, lugar de residencia, etc.). El desarrollo en este ámbito implica la construcción de condiciones sociales para la ampliación de las capacidades de las personas para convertirse en agentes de sus vidas.

La cultura, entendida como valores, creencias y actitudes, tiene un rol constituyente en cualquier sociedad en tanto establece la multiplicidad de formas de hacer, pensar, sentir y relacionarnos. Es a través de ella que encontramos las razones para evaluar positiva o negativamente las cosas. Desde una perspectiva más acotada de lo cultural, ésta está signada por lo artístico, lo patrimonial, la creatividad y la diversidad de formas que cada una de ellas encuentra, aspectos que enriquecen y dan sentido a las vidas de las personas.

Con respecto a la dimensión ambiental del desarrollo, el crecimiento económico moderno y las pautas de consumo predominantes, han dado lugar a una explotación de los recursos naturales y generación de residuos incompatible con su regeneración y absorción. Estamos ante una crisis ambiental a escala global que cuestiona la sostenibilidad del modelo dominante y pone en riesgo las condiciones

de vida de las generaciones futuras. Recuperar la sostenibilidad ambiental es, entonces, un imperativo ético y estratégico del desarrollo.

Los pilares del desarrollo sostenible



Fuente: OPP (2019)

Algunas megatendencias globales que caracterizan el mundo del presente y del futuro

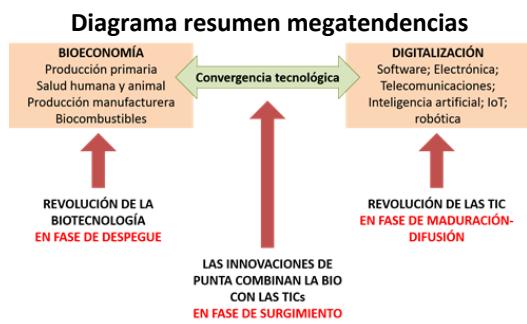
El mundo atraviesa una fase de profundos cambios económicos, sociales, ambientales, políticos, culturales y tecnológicos. Este capítulo busca repasar algunas de esas transformaciones, ya que implican riesgos y oportunidades, tanto en el presente, como especialmente en el futuro, en relación con el desarrollo de Uruguay.

La revolución tecnológica

El mundo se encuentra inmerso en un proceso de profundos cambios tecnológicos con consecuencias, actuales y sobre todo futuras, enormes. Se están reconfigurando las estructuras productivas globales, los sectores dinámicos, y la propia esencia de la producción que cada vez menos consiste en la transformación de la materia y cada vez más implica la transformación de información y conocimiento. Pero también a nivel social y cultural, las nuevas

tecnologías están teniendo impactos profundos. Amplios sectores académicos, políticos y sociales coinciden en afirmar que se trata de una nueva Revolución Tecnológica.

Se identifican dos áreas científico-tecnológicas como los impulsores más dinámicos de transformaciones: por un lado, y ya en fase de despliegue amplio, el proceso de digitalización y, por otro, en una fase mucho más primaria, pero con una relevancia fundamental para Uruguay, lo que se conoce como bioeconomía.



Fuente: Pittaluga y Torres (2015).

Los cambios de la matriz productiva en el futuro tendrán un núcleo innovador conformado por la economía digital y la bioeconomía, que convergen actualmente y se proyectan hacia una nueva transformación de la base productiva.

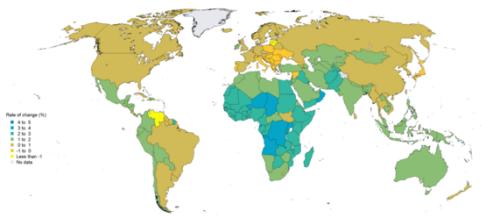
El impacto próximo de estas transformaciones es aún incommensurable. En esto se parecen a las anteriores revoluciones tecnológicas, pero con una diferencia importante: la velocidad a la que se producen los cambios. Esto implica profundas consecuencias sociales y económicas.

El cambio demográfico

Durante el siglo XX, se dio el proceso de crecimiento demográfico más intenso de la historia. La población mundial habría alcanzado los 8000 millones en 2022, es decir que más que se triplicó desde 1950. Adicionalmente, la población se ha urbanizado, pasando de un 30 % de población urbana en 1950 a un 55 % en la

actualidad. Según estimaciones de Naciones Unidas (UN), la población del mundo seguirá creciendo, aunque más lentamente que en el pasado, y para 2030 alcanzará los 8551 millones de personas, y los 9772 millones en 2050. Este crecimiento menor de la población obedece a que la proyección del escenario medio de UN se sostiene en una caída de las tasas de fecundidad en los países que aún las mantienen altas y una baja de las tasas de mortalidad en todos los países. Sin embargo, este crecimiento de la población será dispar: África, en primer lugar, y Asia, en segundo, serán los continentes que concentren el mayor crecimiento. Mientras el resto de las regiones tendrá un crecimiento muy modesto, Europa será la única con menos población que en 2017.

Tasa de crecimiento poblacional promedio 2015-2020



Fuente: UNDESA (2019)

Entonces, una conclusión relevante, es que el crecimiento poblacional en las próximas décadas se va a centrar en África y en algunas áreas de Asia, zonas que, por lo tanto, van a ejercer una importante presión sobre la demanda de alimentos y cuya incidencia global y peso geopolítico podría incrementarse.

La crisis ambiental y el cambio climático

La situación del medioambiente, en general, y del cambio climático, en particular, representa unos de los principales retos de la humanidad y toma, cada vez más, tintes dramáticos. La tendencia más importante a futuro en la dimensión ambiental es la profundización de las señales de agotamiento del modelo económico hegemónico. Existen cada vez más

evidencias de que éste se fundamenta en una explotación intensiva creciente de los recursos naturales, que es insostenible bajo los parámetros actuales de producción y consumo. Es de esperar que, a medida que el agotamiento de este modelo se intensifique, se multipliquen las críticas y demandas por un modelo alternativo, bajo los fundamentos de justicia social y ecológica.

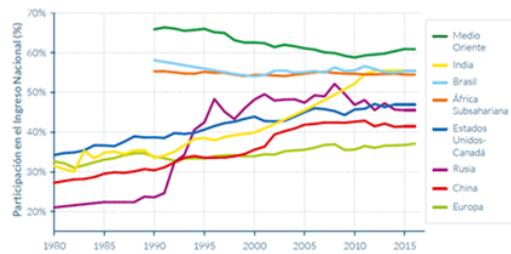
Reconocido en los ODS como «uno de los mayores retos de nuestra época», el cambio climático se ha posicionado fuertemente en la agenda global en las últimas décadas. La Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC) define el cambio climático como un «cambio de clima atribuido directa o indirectamente a la actividad humana que altera la composición de la atmósfera global y que se suma a la variabilidad natural del clima observada durante períodos de tiempo comparables».

Sin embargo, la crisis ambiental no se agota con el cambio climático. La pérdida de biodiversidad, la contaminación de los océanos y el aire, la presión sobre los recursos hídricos, entre otras, son todas manifestaciones dramáticas de un mismo fenómeno.

Concentración de ingresos y riqueza

La distribución del ingreso a nivel mundial ha transitado por una senda de mayor concentración en los últimos 40 años. Desde 1980 el 1 % de los individuos con mayores ingresos recibió una proporción dos veces más grande del crecimiento que el 50 % más pobre. La participación del 1 % de mayores ingresos a escala global tuvo un crecimiento de 16 % a 22 % entre 1980 y 2000, para luego ubicarse en 20 % en 2016; por su parte, la participación del 50 % más pobre osciló en torno al 9 %.

Participación del 10% más rico en el ingreso total



Fuente: World Inequality Lab (2018)

Este aumento de la desigualdad se verificó en la mayoría de las regiones del mundo, aunque a diferentes velocidades. La participación del 10 % de mayores ingresos entre 1980 y 2016 aumentó de forma importante en Norteamérica, China, India y Rusia. En Europa también se aprecia un aumento de la desigualdad, aunque con una velocidad más moderada. En otras regiones, como Medio Oriente, Brasil o el África subsahariana, la desigualdad ha permanecido estable o ha decrecido levemente, aunque se parte de niveles muy superiores.

Las causas de este proceso son variadas, y no es objeto de este informe su análisis en profundidad. Sin embargo, a nivel internacional se señalan varios factores. Por un lado, la revolución tecnológica ya señalada estaría intensificando los procesos de concentración económica. Por otra parte, también se identifican opciones políticas como las causantes de este proceso de concentración, con expresiones como la precarización en los sectores de menor calificación en el mercado de trabajo y la pérdida de potencia de las políticas de redistribución, junto con la pérdida de calidad y cobertura de los servicios públicos más relevantes (salud y educación, por ejemplo). Finalmente, la fuerte irrupción en el comercio global de las cadenas globales de valor, que han aprovechado las peores condiciones laborales y regulatorias en los países más pobres, trasladando hacia allí eslabones productivos intensivos en mano de obra.

Estas fuertes tendencias están teniendo consecuencias ya visibles en cuanto al deterioro de la democracia y al malestar global. La extrema concentración es un factor de desestabilización democrática, puesto que implica que algunas personas o entidades disponen de medios e influencias mucho más fuertes para hacer valer sus intereses que las grandes mayorías de la población. Esto conlleva el riesgo de una aceleración de la concentración, a la vez que puede convertir la democracia en una plutocracia. Asimismo, sectores cada vez más amplios de la población sienten una distancia cada vez mayor respecto a los Gobiernos y a los sistemas políticos, la que se expresa en desafección democrática y apoyos a propuestas extremistas y demagógicas.

Cambio cultural

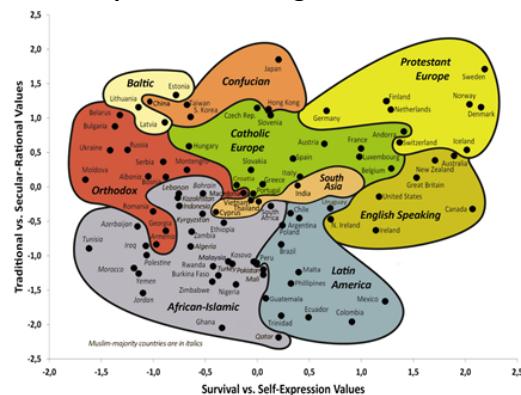
Desde hace décadas, en buena parte del planeta se vive un profundo cambio cultural, que se expresa en procesos tan disímiles como el cuestionamiento a la tradicional distribución de roles entre hombres y mujeres, la erosión de la legitimidad de instituciones que fueron centrales en el siglo XX –como iglesias, partidos políticos, sindicatos o burocracias estatales–, la explosión de la expresión de la diversidad en todo nivel (cultural, sexual), entre otras.

Una posible interpretación de estos cambios culturales es que se superponen dos macrotendencias: a) secularización y racionalización, asociadas a la irrupción de la sociedad industrial, por un lado, y b) la crítica a los valores materiales y a la autoridad de las instituciones representativas de la industrialización, propia de la posindustrialización, por otro.

La evidencia de las últimas tres décadas en el mundo muestra un cambio en estas dos direcciones, que puede darse de diversas formas en las distintas sociedades: simultáneamente en muchos países; más

secuencialmente en otros; algunos países pueden estar experimentando más el primer cambio, y otros, el segundo. Esto no implica que no existan retrocesos en coyunturas específicas ni que los países se hagan más parecidos entre sí. Las historias culturales de los países y regiones continuarán diferenciándolos con identidades y circunstancias distintas, lo que hace que este macrotrayecto sea esquivo, cambiante y zigzagueante.

Mapa cultural de Inglehart-Welzel



Fuente: World Values Survey (2017).

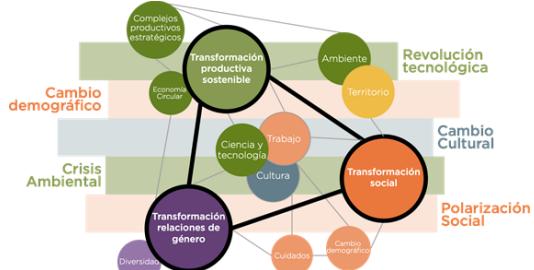
Ejes estratégicos

A partir del repaso de tendencias globales y los resultados de los estudios prospectivos especialmente realizados, la Estrategia de Desarrollo 2050, presentada públicamente por OPP en 2019, se estructura en torno a tres ejes estratégicos de transformación, fuertemente interconectados entre sí y con gran impacto en otras muchas áreas relevantes: **transformación productiva sostenible, transformación social y transformación de las relaciones de género.**

Estos ejes estratégicos condensan lo fundamental de las transformaciones necesarias para avanzar hacia el objetivo planteado de desarrollo sostenible en Uruguay. Estas transformaciones, a su vez, impulsarán modificaciones en otras temáticas asociadas, también relevantes. Haber articulado estos tres ejes de transformación en una única Estrategia de

Desarrollo implica asumir que los cambios en cada uno de ellos están íntimamente ligados a cambios en los demás, donde los avances en un área facilitan los avances en las demás, pero, también, el estancamiento en un área de transformaciones puede trancar al resto.

Ejes estratégicos de la END en el marco de las megatendencias globales



Fuente: OPP (2019)

Transformación productiva sostenible

El primer eje estratégico es el de la transformación productiva sostenible. El objetivo es modificar la tradicional inserción económica dependiente de Uruguay, al posicionarse en actividades más dinámicas en cambio tecnológico, que permitan acompañar las tendencias globales de crecimiento de la productividad y, por tanto, de los ingresos, con el objetivo último de mejorar la calidad de vida de las personas.

Pero la transformación productiva no puede planificarse solo atendiendo a la realidad tecnológica global, sino que es necesario, también, considerar las capacidades productivas locales reflejadas en la historia productiva, en las empresas, en los recursos naturales y los trabajadores existentes. El desarrollo de nuevas industrias, o la readecuación de las existentes, no es un simple ejercicio de voluntad, sino que implica el gigantesco desafío de hacerlo en un marco global de fuerte competencia, con jugadores globales que cuentan con mayores recursos financieros y

tecnológicos. Por lo tanto, el ejercicio de selección de sectores y actividades a priorizar por las políticas públicas implica una transacción entre capacidades locales existentes y oportunidades y riesgos a futuro, asociados a las tendencias tecnológicas, pero también a las otras tendencias globales constatadas.

Por otra parte, la planificación de la transformación productiva debe hacerse atendiendo a la necesidad de la sostenibilidad ambiental. Esto es fundamental en momentos en que el mundo atraviesa una crisis ambiental sin antecedentes en la historia de la humanidad –y de posibles consecuencias catastróficas–, que también se expresa localmente en indicadores como el deterioro de la calidad del agua de los cursos superficiales o la pérdida de biodiversidad autóctona. Así, aquí se plantea la necesidad de incorporar la sostenibilidad ambiental desde la planificación misma de las actividades productivas.

En el marco de la Estrategia de Desarrollo 2050, se identificaron seis grandes complejos productivos a priorizar, sobre los que se desarrollaron amplios procesos prospectivos. Se entiende que estos tienen el potencial de impulsar el desarrollo de Uruguay en el nuevo contexto tecnológico. Se trata de actividades que son, por un lado, potencialmente receptores prioritarios de las innovaciones tecnológicas de los núcleos impulsores más dinámicos del desarrollo tecnológico. Por otro lado, todas ellas presentan una importante historia productiva en el país, de modo que existen capacidades asociadas a estas –en la forma de empresas, trabajadores, técnicos, recursos naturales, regulaciones e infraestructuras– que, de todas maneras, deberán fortalecerse y desarrollarse. Esas capacidades hacen factible un despliegue de estos complejos productivos en el mediano plazo, para que se conviertan, a su vez, en factor de arrastre de otras

actividades y de la economía toda. Esta selección de complejos no fue planteada como taxativa, sino apenas como una primera aproximación a complementarse en próximos estudios, incorporando nuevas actividades o, eventualmente, quitando algunas de las presentes, si surgieran nuevos elementos en ese sentido.

En el diagrama que se presenta a continuación se muestran los sectores priorizados y se los vincula con los núcleos de desarrollo tecnológico que pautan la presente revolución tecnológica.

Sectores priorizados y núcleos de desarrollo tecnológico



Fuente: OPP (2019)

En conjunto, estos complejos dan cuenta de aproximadamente un 25 % del empleo y el producto, pero de más del 90 % de las exportaciones, por lo que la inserción internacional de la economía depende casi íntegramente de ellos. Por un lado, hay un grupo de actividades más directamente vinculadas a la bioeconomía. Se trata de los complejos de producción de alimentos y el forestal-maderero.

Por otra parte, los complejos de las TIC y las industrias creativas están directamente impactados por las transformaciones que supone el proceso de digitalización.

Finalmente, figuran otros dos complejos productivos con vínculos diversos con ambas fuentes de innovaciones. Las energías renovables y el turismo.

Un aspecto de primera importancia en relación con la transformación productiva, así como con los otros ejes estratégico de transformación, es el desarrollo de las capacidades de innovación, las cuales están

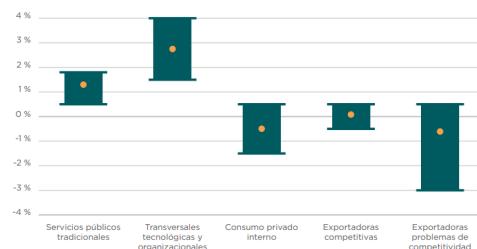
íntimamente asociadas al desarrollo de la ciencia y la tecnología. En este sentido se destaca la necesidad de contar con un nuevo Plan de Ciencia Tecnología e Innovación, articulado con las prioridades señaladas en la Estrategia de Desarrollo 2050. El desarrollo autónomo en el mundo de hoy requiere, de manera ineludible, de capacidades nacionales en ciencia y tecnología, que multipliquen las posibilidades de innovación. En este sentido también se señala la necesidad de definir prioridades en esta materia, prioridades que deben reflejarse en los instrumentos diseñados para impulsar las actividades de ciencia y tecnología, de forma de articular los recursos nacionales, siempre escasos con relación a un mundo donde estas actividades mueven sumas incalculables, en línea con las prioridades para el desarrollo nacional. El foco principal en ese sentido está en lograr articular de mejor manera las tres puntas del “Triángulo de Sábato” que conforman el sistema científico tecnológico; es decir, el Estado, la academia y, especialmente, el sector productivo.

Transformación social

El segundo eje estratégico que estructura la Estrategia de Desarrollo 2050 se basa en la transformación social necesaria para lograr las metas de desarrollo. Es preciso acompañar la transformación tecnológica y productiva con la consolidación de una matriz de protección social más densa, que permita aprovechar el enorme potencial del salto productivo de las nuevas tecnologías para generar igualdad y bienestar para toda la población, y que mejore las capacidades de la sociedad para interactuar con tecnologías cada vez más avanzadas. El cambio tecnológico genera oportunidades y desafíos, nuevos empleos y profesiones, pero también la pérdida y desaparición de actividades y sectores que, si no son acompañadas de medidas de anticipación y

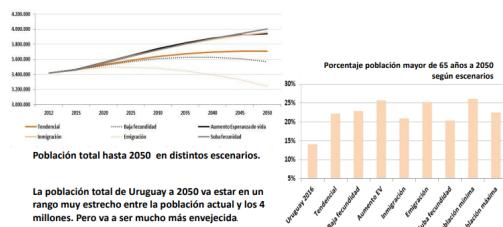
de protección social, pueden convertirse en fuente de precariedad y malestar.

Uruguay: Prospectiva de la tasa de crecimiento del empleo anual por agrupamiento de sectores productivos - Horizonte 2050



Fuente: OPP (2019)

El cambio demográfico, a su vez, es otro de los principales determinantes de cambios a futuro en nuestro país. Asistimos a un proceso de largo plazo de caída de la fecundidad e incremento de la esperanza de vida, expresión clara de mejoras en la calidad de vida de la población. Pero asimismo es un proceso desafiante, que señala una tendencia fuerte al envejecimiento de la población, con sus consecuencias en el mercado de trabajo, en la salud o la protección social.



Fuente: Escenarios Demográficos 2050 (OPP, 2018)

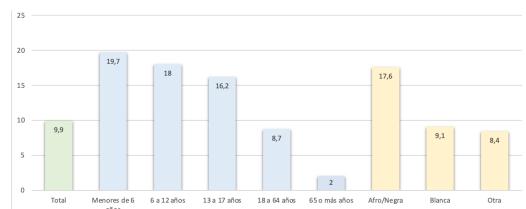
Afrontar adecuadamente estos desafíos requiere servicios públicos de excelencia para el desarrollo de las capacidades de las personas (educación, salud, capacitación y reconversión laboral, etc.) acompañados de importantes mecanismos de protección social que acompañen a las personas desde antes del nacimiento hasta el final de la vida asegurando siempre las condiciones materiales básicas para hacer posible el desarrollo de las capacidades y una vida digna (cuidados, protección en la infancia,

en la vejez, ante el desempleo, la enfermedad, etc.)

Asimismo, es necesario desarrollar acciones que aseguren la amplia distribución social de las ganancias de productividad asociadas a la transformación productiva, tomando en consideración cómo las nuevas tecnologías también afectan las relaciones de poder de los diversos actores a nivel social. Esto requiere pensar las nuevas formas de trabajo, las relaciones laborales, el sistema impositivo, la seguridad social, etc. en clave de protección y de redistribución social.

Finalmente, el objetivo de la igualdad requiere también poner en foco los diferentes clivajes de la desigualdad, ya sea en sus expresiones socioeconómicas clásicas, como en las que hacen a factores como el género, la ascendencia étnica, el territorio y la edad. Así, la prioridad central deberá estar en los niños, quienes sufren niveles de pobreza y privación muy superiores a cualquier otro grupo etario, y necesariamente en sus padres, jóvenes y especialmente mujeres jefas de hogar.

Incidencia de la pobreza en personas, total y según grupos de edades y ascendencia étnico-racial declarada (%). Total país 2022.



Fuente: INE con base a ECH

Se plantea entonces, la consolidación de una arquitectura universal de protección social. El universalismo es un camino ineludible para las metas de desarrollo que el país busca alcanzar. Contar con una matriz de protección social universal implica que las políticas públicas garanticen que todos los ciudadanos tengan iguales condiciones de acceso, suficiencia y calidad de servicios, beneficios y prestaciones sociales, sin importar dónde vivan, cuál sea su sexo, su edad, su trabajo o su ingreso.

Esto requiere repensar para qué sociedad – qué riesgos, que vulnerabilidades– están actuando las políticas de protección social, y qué sectores requieren más apoyo para alcanzar mínimos de bienestar, así como cuáles son los instrumentos más efectivos para lograrlo.

Son necesarios servicios públicos de excelencia, con ofertas más amplias que cubran a toda la población, a lo largo de toda la vida de las personas, que se anticipen a las transformaciones que se vienen y que les permitan desarrollar al máximo sus capacidades, en un contexto en que las capacidades humanas serán cada vez más determinantes para el desarrollo. El nuevo contexto productivo y tecnológico parece apuntar a una dinámica en la que el vínculo de los trabajadores con el mercado de trabajo podría tender a ser más intermitente, acompañando la velocidad de los ciclos de surgimiento, desarrollo y declive de tecnologías, industrias y empresas. Los períodos de desafiliación laboral deberán ser aprovechados para la recapacitación, sin afectar el nivel de vida familiar ni la continuidad educativa –o de otros servicios sociales– de hijas e hijos. Todo esto requiere fortalecer el pilar no contributivo de la protección social, igualando progresivamente sus prestaciones a las del pilar contributivo; acompañando y protegiendo a las personas a lo largo de todo su ciclo de vida, con especial foco en niñas, niños y adolescentes.

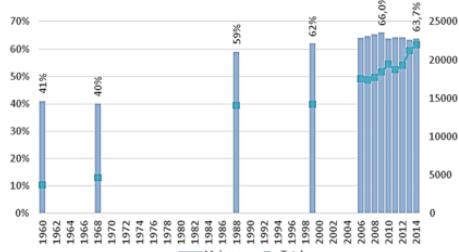
Transformación de las relaciones de género

El avance hacia el desarrollo con igualdad planteado en los dos ejes estratégicos anteriores solo es posible en la medida en que se avance también en superar una de las desigualdades más profundas y extendidas de nuestra sociedad: la de género.

A pesar de los innegables avances en las últimas décadas en nuestro país en materia de igualdad de género, aún hoy las mujeres ganan sustancialmente menos que los varones a iguales niveles de calificación. Aún hoy, sobre las mujeres recae el grueso del trabajo no remunerado de nuestra sociedad; las tareas domésticas en el hogar propio y el cuidado de niños, enfermos y ancianos, lo que implica menos tiempo para estudiar, trabajar o disfrutar de tiempo libre. La violencia de género –que cuesta la vida a decenas de mujeres cada año, pero que sufren miles– es, quizás, la expresión más lacerante de la perpetuación de una desigualdad intolerable.

El avance en esta materia es un tema fundamental para los derechos humanos de las mujeres. Pero también es una condición básica para el desarrollo del país. Las mujeres, que representan la población con mayores logros en todos los niveles educativos, mantienen una inserción problemática en el aparato productivo. Presentan tasas de actividad más baja y jornadas laborales más cortas, reflejo de la mucho mayor carga de trabajo no remunerado que recae sobre ellas y de las dificultades para conciliar ambas tareas. Asimismo, presentan amplia segregación educativa, ya que las rígidas representaciones sociales de género se reflejan en una alta concentración de mujeres en carreras asociadas al histórico “rol femenino” (vinculado a lo social y a los cuidados), y se insertan menos en carreras científicas y tecnológicas. Vinculado con lo anterior, pero también por efecto de la discriminación de género y de las dificultades de conciliación, se emplean en sectores de más baja productividad y en tareas de menor nivel jerárquico, con lo que su aporte productivo se ve reducido. De esta forma, Uruguay desaprovecha el talento productivo de la mitad más formada de su población.

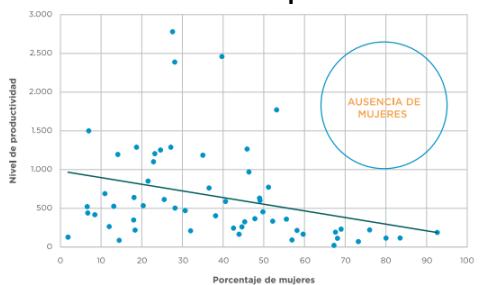
Segregación laboral de las mujeres y de ingreso a la universidad



Fuente: Elaboración propia con base en los informes estadísticos de la UDELAR

Finalmente, las desigualdades de género reproducen y profundizan las desigualdades sociales, porque se intersectan en las mujeres además de las condiciones más precarias de inserción laboral y económica, también las mayores dificultades para acceder a las prestaciones sociales, y la responsabilidad por las tareas de reproducción social (cuidado y crianza de niños y niñas), lo cual no solo puede comprometer su desarrollo personal, sino las condiciones para el desarrollo de las futuras generaciones. El sistema de protección social reproduce las desigualdades que se generan en el mercado laboral, y, como resultado, las mujeres reciben menos servicios de protección social. Si esas desigualdades se intersectan con otras desventajas sociales referidas a la edad, la ascendencia étnico-racial o la ubicación geográfica, las diferencias se expanden.

Relación entre participación laboral por sexo y niveles sectoriales de productividad



Fuente: Sistemas de género, igualdad y su impacto en el desarrollo de Uruguay. Escenarios prospectivos (OPP, 2018)

Por otra parte, el cambio demográfico señala un desafío central para el país en el envejecimiento, por sus consecuencias en la posible tendencia de caída en la cantidad de personas en actividad laboral remunerada y por una mayor necesidad de servicios de cuidados, asociados a la dependencia en edades avanzadas. Todo ello llama a la necesidad de promover la corresponsabilidad entre hombres y mujeres en tareas domésticas no remuneradas, la que permita el desarrollo personal y profesional de las mujeres, junto con dispositivos de políticas públicas que hagan frente a la *crisis de los cuidados*.

Entonces, tanto la transformación productiva como la transformación social sólo serán posibles en la medida en que se modifiquen parámetros culturales profundos, que marcan diferencias en las posibilidades de desarrollo entre varones y mujeres, y en la medida en que se diseñen y ejecuten políticas que hagan frente a los riesgos sociales cuyas consecuencias recaen, fundamentalmente, en las mujeres.

Materiales ampliatorios

- OPP (2017). Hacia una estrategia nacional de desarrollo.
- OPP (2017). Participación laboral.
- OPP (2018). Automatización y empleo en Uruguay.
- OPP (2018). Demanda de trabajo.
- OPP (2018). Diagnóstico sistemas de género.
- OPP (2018). Escenarios demográficos Uruguay 2050.
- OPP (2018). Estudio prospectivo en Turismo.
- OPP (2018). Industrias creativas
- OPP (2018). Oportunidades bioeconomía forestal.
- OPP (2018). Sistemas de género, igualdad y su impacto en el desarrollo de Uruguay al 2050.
Escenarios prospectivos género.
- OPP (2018). Tacuarembó fase 1.
- OPP (2018). Tacuarembó fase 2.
- OPP (2019). Bioeconomía forestal.
- OPP (2019). Energías Renovables.
- OPP (2019). Estrategia Nacional de Desarrollo 2050.
- OPP (2019). Valores y creencias.
- OPP (2018). Agroalimentos.
- Pittaluga, L.; Torres, S. (2015): Una estrategia para el cambio estructural en Uruguay.
Universidad de la República
- UNDESA (2019). Estimaciones de tasas de crecimiento población por países. Disponible en
<https://population.un.org/wpp/>
- World Inequality Lab (2018). World Inequality Report 2018. Disponible en
<https://wir2018.wid.world/files/download/wir2018-summary-english.pdf>



@etceterauy



/etcétera-centro-de-estudios



etcetera.uy